

Jaume Sañé

100 árboles fácilmente identificables



colección

Hedera
nº5

Lectio Ediciones



100 árboles fácilmente identificables

Texto

Jaume Sañé

Ilustraciones

Calros Silvar



colección

Hedera

núm. 5

Primera edición:
octubre 2013

© del texto, Jaume Sañé
© de las ilustraciones,
Calros Silvar

© de la edición:
9 Grupo Editorial
Lectio Ediciones
C/ Muntaner, 200, ático 8^a
08036 Barcelona
Tel. 977 60 25 91 – 93 363 08 23
lectio@lectio.es
www.lectio.es

Diseño y composición:
Imatge-9, SL

Impresión:
Leitzaran Grafikak

ISBN:
978-84-15088-76-9

Depósito legal:
DL T 1159-2013



ÍNDICE	Página		Página
Enebro	8	Higuera	42
Enebro de la miera.....	9	Morera blanca.....	43
Sabina negral.....	9	Ailanto	43
Ciprés.....	10	Mirto	44
Tejo	11	Mirto de Brabante	44
Abeto	12	Eucalipto blanco.....	45
Píceas	13	Eucalipto rojo.....	45
Pino negro.....	13	Fresno común	46
Pino piñonero	14	Fresno de hoja estrecha.....	47
Pino silvestre.....	15	Fresno de flor.....	47
Pino carrasco.....	16	Olivo.....	48
Pino negral, pino salgareño.....	16	Labiérnago	49
Pino marítimo	17	Agracejo	49
Pino de Monterrey.....	17	Aladierno.....	50
Tamariz gálico	18	Arraclán	50
Tamariz africano.....	18	Majuelo	51
Madroño	19	Endrino	51
Brezo.....	19	Manzano.....	52
Boj	20	Peral silvestre	52
Tilo.....	20	Ciruelo	53
Granado	21	Melocotonero, durazno	53
Lentisco.....	22	Cerezo	54
Cornicabra	22	Albaricoquero, damasco.....	55
Acebo	23	Almendro	56
Algarrobo	24	Guindo	56
Sáuco	25	Membrillero	57
Arce común.....	26	Níspero.....	57
Arce de Montpellier.....	26	Cerezo aliso.....	58
Orón, acirón.....	27	Loro, laurel de Portugal.....	58
Falso plátano	27	Serbal	59
Plátano de sombra.....	28	Mostajo	59
Aliso.....	29	Mostajo de perucos.....	60
Abedul.....	30	Serbal de cazadores.....	60
Avellano.....	30	Chopo.....	61
Haya	31	Álamo común	62
Castaño.....	32	Álamo temblón	62
Castaño de Indias	33	Sauce llorón	63
Cornejo	33	Sauce blanco	64
Encina.....	34	Sauce cenizo, sarga negra.....	64
Coscoja.....	35	Sauce cabruno, sargatillo	65
Roble albar.....	36	Sarga	65
Roble melojo, rebollo.....	36	Mimbrera.....	66
Roble carvallo	37	Almez	67
Roble americano.....	37	Olmo	68
Nogal.....	38	Olmo de montaña.....	68
Laurel.....	39	Naranja	69
Falsa acacia, robinia.....	40	Limonero.....	69
Mimosa	40	Palmito.....	70
Mimosa dorada	41	Palmera canaria	71
Mimosa negra.....	41	Palmera datilera	71





INTRODUCCIÓN

El árbol ha sido un elemento sagrado en muchas culturas y únicamente en los tiempos modernos ha perdido, en parte, su dimensión simbólica. El carácter mágico y emblemático de los árboles crece con la edad y ha perdurado hasta nuestros días, ya que un árbol centenario puede ser un símbolo de la unidad de un pueblo o escenario de las más variadas leyendas y episodios mitológicos. Quizá por esta razón el árbol es el único ser vivo, junto con las personas, que disfruta de protección individualizada en nuestro ordenamiento jurídico con el catálogo de árboles monumentales.

Un árbol centenario es siempre un anciano del mundo de las plantas merecedor del mismo respeto y protección que en otros tiempos dedicábamos a nuestros abuelos. Con el valor añadido de que un gran árbol es también un patrimonio biológico que acoge mucha vida a su alrededor, incluso después de muerto. Pero además de su valor individual, del tipo que sea, los árboles son una parte importante y fundamental de los bosques, auténtica cuna de la especie humana, ya que al fin y al cabo nosotros somos una especie más de primate. Quizá por esta razón los árboles y los bosques atraen especialmente a los humanos.

Nuestro planeta

Vivimos en un planeta azul envuelto en nubes y gases que funciona como un gran ser vivo. La atmósfera es una gran manta té-





mica que deja entrar la radiación del Sol pero no deja escapar el calor de la Tierra. Es así cómo la Tierra mantiene la temperatura idónea para el desarrollo de la vida. Pero la composición de esta atmósfera no es estable y se mantiene, precisamente, gracias a la actividad de los seres vivos que la habitan. La atmósfera es así debido a la existencia de vida y la propia vida procura mantenerla así por mucho tiempo. Con la respiración, los seres vivos recogen oxígeno y liberan anhídrido carbónico. Con la fotosíntesis, las plantas hacen todo lo contrario. Un equilibrio que parece perfecto, pero que los humanos estamos cambiando.

El setenta y uno por ciento de la superficie de la Tierra es agua y, de hecho, la vida comenzó dentro del agua, protegida por los rayos ultravioleta que en aquellos tiempos llegaban directamente a la superficie por la ausencia de atmósfera. Muy despacio, la vida fue modelando el planeta, creó una capa protectora de ozono y se asomó a tierra firme. Millones de años de evolución han tenido como resultado una multitud de formas de vida, que se relacionan entre ellas y forman sistemas de equilibrio entre especies: los ecosistemas.

Los ecosistemas terrestres más complejos son los bosques. Acogen dos terceras partes de las especies conocidas de seres vivos e influyen directamente en el clima, regulando el régimen de lluvias y la evaporación del agua. Los bosques bien conservados tienen árboles de todas las edades, incluidos árboles jóvenes, que representan el futuro del bosque; árboles viejos con cavidades naturales que dan cobijo a muchas especies forestales, desde murciélagos hasta insectos, pájaros y roedores; y árboles muertos, que abren grandes claros al caer, favoreciendo la regeneración del bosque y dando vida a gran cantidad de organismos descomponedores.

Pero la función de los bosques maduros no termina con la vida que acogen a su alrededor, sino que su importancia llega mucho más allá. Los árboles centenarios almacenan grandes cantidades





de carbono, que de otra manera iría a parar a la atmósfera, con el consiguiente aumento del efecto invernadero, y contribuiría al calentamiento global. Los bosques viejos absorben el carbono producido por la respiración, por los incendios forestales y por nuestra contaminación, y así frenan el calentamiento global y el cambio climático que estamos provocando. Los bosques maduros, por tanto, son la garantía de que la vida pueda continuar existiendo.

El hombre y el bosque

En un principio los hombres éramos recolectores y cazadores, pero ser nómada tenía muchos inconvenientes, por lo que el hombre evolucionó hasta convertirse en una criatura sedentaria que encontraba en el bosque todo lo que necesitaba para vivir: alimentos, agua y también madera para hacer cabañas, herramientas y fuego. Los bosques son la cuna de nuestra civilización. De aquí surgieron las leyendas más fantásticas y los miedos más ocultos. Los hombres protegían el bosque, que era su casa, y los árboles viejos acogían y protegían a los hombres, tanto vivos como muertos. Bosque y hombre vivían el uno para el otro. Eran otros tiempos...

Durante muchos años, y hasta hace poco, los hombres hemos vivido con el bosque y del bosque. En la propia España, hace sólo cincuenta años, trabajar en el bosque era algo muy normal, hasta el punto de que en muchas regiones el bosque daba trabajo a la mayor parte de la población.

Muchos ambientes forestales han sido modelados desde tiempos históricos por miles de carboneros y hombres de campo que se ganaban la vida cociendo literalmente leña de encina hasta convertirla en carbón. El carboneo pasó a la historia a mediados del siglo pasado. De aquella época solamente nos queda el paisaje, marcado por la actividad, y el recuerdo de la gente mayor.

La madera de castaño era apreciada en ebanistería por su dureza y ductilidad, lo que le daba múltiples aplicaciones. Con la única ayuda del hacha, el puñal y el trinchante, los leñadores cortaban los retoños, los enrollaban y los agrupaban en haces. Antes que nada, en el banco de contrachapar, abrían los retoños a lo largo, antes de pasarlos al banco de afilar, donde los afinaban hasta la medida justa para poderlos enrollar. Durante muchos años, los embalajes cilíndricos de madera, hoy en día en desuso, quedaban bien sujetos con anillos concéntricos de madera de castaño.

En la España mediterránea, los peladores de corcho trabajaban de sol a sol. Primero empezaban marcando la parte superior de la zona que se pretendía descorchar. Después abrían cortes verticales hacia abajo, siguiendo, cuando era posible, las mismas grietas naturales del árbol, y después separaban el corcho del tronco





procurando sacar entera toda la plancha sin deteriorar la corteza. Los alcornoques jóvenes que se descorchan por primera vez dan corcho bornizo poco apreciado. Para mucha gente, el corcho era un material y un sistema de vida respetuoso con el entorno. Lo mismo pasaba con otros árboles y arbustos, como el brezo, cuyas ramas se aprovechaban para hacer escobas, mientras que la parte superior de sus raíces daba madera muy dura ideal para fabricar pipas de fumar. Las piñas pequeñas del pino silvestre ayudaban a las gentes de campo a prender el fuego y de las grandes piñas de los pinos piñoneros se aprovechaban los deliciosos piñones. En otoño era el tiempo de las castañas y también el momento de ir a buscar setas... El bosque formaba parte de la vida cotidiana de la gente.

Hoy en día todavía vivimos en un país forestal. Pero con nuestro clima los bosques crecen muy despacio y se destruyen muy fácilmente, por lo que los bosques centenarios son si cabe todavía más valiosos.

La necesaria protección de los árboles y el bosque

El hombre ha vivido en el bosque y del bosque durante siglos. En tiempo de los etruscos, nuestros antepasados creían que el dios Selvans era el encargado de proteger los bosques. Pero hoy en día no podemos dejar la protección de los bosques en manos de los dioses, sino que nos tenemos que implicar para garantizar su futuro y el de las especies que dependen de ellos, entre las que estamos nosotros. Los bosques acogen gran variedad de formas de vida, lo que ahora se llama biodiversidad. Y, por suerte, todavía tenemos bosques maduros, viejos, centenarios, bosques con personalidad que han sobrepasado muchas generaciones de personas y han visto cambiar todo el país. Bosques que nos recuerdan el pasado y que nos aseguran el futuro, auténtica garantía de calidad ambiental que debemos conservar por encima de todo, empezando por los más cercanos.





Enebro

Juniperus communis

Arbolito pequeño, dioico (las flores masculinas y las femeninas aparecen en árboles diferentes), muchas veces largo y delgado, más o menos cónico, que no suele superar los dos metros de altura, aunque en condiciones favorables puede llegar incluso hasta seis metros. Tiene hojas pequeñas, de poco más de un centímetro de longitud, estrechas y puntiagudas, con una línea clara central que atraviesa de arriba abajo toda su cara superior. Aparecen alternativamente en grupos de tres alrededor del tallo, de manera que en conjunto parece que haya seis hileras de hojas. En otoño produce muchas gábulas de color azul oscuro, tirando a negro, pequeñas como un guisante, las enebrinas, utilizadas tradicionalmente en la elaboración del licor conocido como ginebra.





Enebro de la miera

Juniperus oxycedrus



Es un pariente muy cercano del enebro, del que se diferencia por su forma más redondeada y a menudo irregular, por las hojas, decoradas longitudinalmente por dos líneas claras en lugar de una, y por las gálbulas, que son de color cobrizo. El enebro de la miera es la versión mediterránea del enebro, adaptado a vivir en los suelos resecos y pedregosos de las tierras bajas.

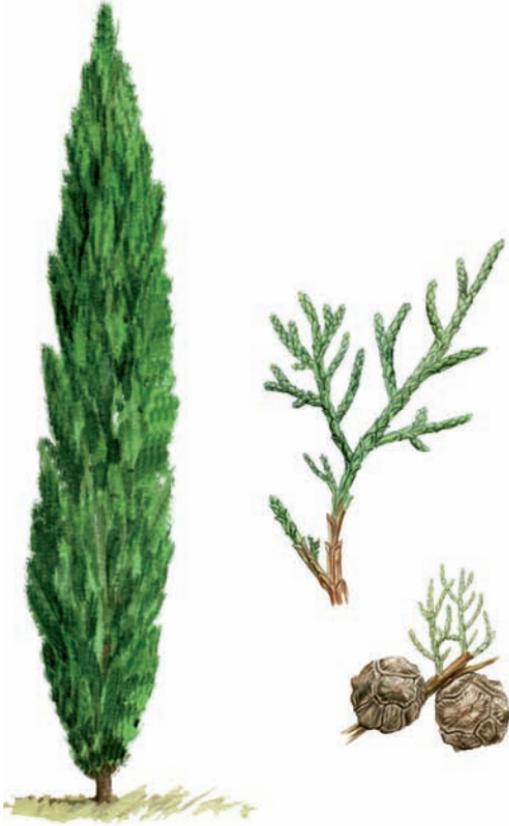
Sabina negral

Juniperus phoenicea



Arbolito de tamaño mediano, a medio camino entre el enebro y el ciprés. De hecho, la tradición dice que “la sabina nace enebro” y es verdad, ya que el árbol joven tiene hojas pequeñas, largas y puntiagudas, que recuerdan las de un enebro o un enebro de la miera. Las hojas de los árboles adultos, en cambio, se parecen más a las de un ciprés. Es un árbol de crecimiento lento, madera dura y tronco tenaz capaz de retorcerse castigado por las inclemencias del tiempo. Presente en los ambientes mediterráneos y símbolo de la isla de El Hierro, en las Canarias.





Ciprés

Cupressus sempervirens

Pariente extranjero de sabinas y enebros, el ciprés es originario de Oriente Medio, al otro lado del Mediterráneo, pero hace siglos que lo cultivamos como árbol ornamental. Crece despacio, vive muchos años y puede llegar a gran altura, con las ramas que se dirigen hacia arriba paralelas al tronco. Tiene las hojas tan pequeñas y cilíndricas que más bien parecen diminutas ramitas escamosas de color verde que se bifurcan una y otra vez. Es un árbol monoico (el mismo árbol tiene flores masculinas y femeninas); las flores masculinas son amarillas y producen gran cantidad de polen, las femeninas acaban formando piñas redondas que se abren al madurar. El ciprés tiene un gran simbolismo como árbol de duelo y de paz. Lo plantamos en cementerios y cerca de iglesias y ermitas. En otros tiempos su presencia en una casa era símbolo de hospitalidad.





Tejo

Taxus baccata

Árbol robusto, propio de hondonadas y fresquedales, de tronco grueso y corteza fina que se deshilacha en tiras largas y delgadas de color rojizo. A menudo las ramas huyen del tronco principal en búsqueda de luz y acaban desdibujando la silueta original, que en árboles cultivados que no tienen que luchar por la supervivencia es más regular y cónica. Las hojas y su disposición recuerdan las de un abeto o una picea, pero de color más oscuro: son pequeñas, coriáceas y repartidas a ambos lados de las ramitas que las soportan. Produce bayas rojizas y pequeñas, precisamente su carne es la única parte del árbol que no es tóxica. Los tejos viven muchos años e incluso pueden llegar a ser milenarios, por lo que en algunas culturas representan un vínculo con la tierra y los antepasados.





Abeto

Abies alba

Árbol imponente, de tronco muy recto que apunta al cielo envuelto de ramas laterales, perpendiculares a éste, largas en la base y más cortas a medida que nos acercamos a la copa. El conjunto forma una estructura cónica muy regular que incluso puede superar los cuarenta metros de altura. Las hojas tienen dos rayas claras en su parte inferior. Las piñas, cilíndricas, crecen enhiestas sobre las ramas y no caen cuando son maduras, sino que se deshacen lentamente hasta liberar las semillas. Vive en Europa Central. En la península Ibérica sólo lo encontraremos en el norte, especialmente en los Pirineos. En la cima del Montseny hay una pequeña mancha que sobrevive en una umbría, testimonio de otros tiempos de clima más frío.



Píceca

Picea avies

De tamaño y forma similares al abeto, vive en estado natural en el norte de Europa y en Asia hasta Siberia, en latitudes todavía más nórdicas que el abeto. Las piñas, alargadas, cuelgan de las ramas y caen enteras al suelo. Nosotros los plantamos en jardines como árbol ornamental y los cultivamos para comercializarlos como árbol de Navidad. A veces puede aparecer espontáneamente en bosques de montaña.



Pino negro

Pinus uncinata

Un especialista en soportar las duras condiciones de la alta montaña, en realidad es el último árbol que encontraremos antes del dominio de los prados alpinos. Cuando forma bosques tiene un tronco largo y recto, de color oscuro en comparación



con otros pinos, con una copa cónica en la parte más alta. Pero en el límite del bosque, las inclemencias del tiempo lo castigan y lo obligan a inclinarse y retorcerse sobre su cuerpo.

Las piñas son pequeñas y irregulares: las escamas de la base expuestas al sol son más largas, puntiagudas y curvadas que las demás.